CAPÍTULO XXIII.

LA REACCION ES IGUAL Á LA ACCION.

LEY FÍSICA Y MORAL DE LA NATURALEZA.

> Cuando la política humana pone su cadena al pié de un esclavo, la justicia divina ata el otro cabo al cuello del tirano.
>
> (BERNARDIN DE SAINT-PIERRE, Estudio 7º., p. 318.)

> Las coronas tienen espinas, los tronos abrojos. ¡Cuántas emigraciones de reyes, cuántas reposiciones, cuántos restablecimientos ha visto la Europa en este siglo, de que no preservan ni las constituciones políticas de los gobiernos representativos, ni el poder absoluto, ni los numerosos ejércitos que le sostienen! A tal espectáculo, ¡cuántos con un secreto placer, cuántos con un dolor mudo han entrado en la tentacion de aplicar á los soberanos el dicho de un antiguo hablando de los dioses: *los reyes se van!*
>
> (LAINÉ, *Discurso á la cámara de los Pares*, 19 de abril de 1831.)

La justicia divina en la tierra es constantemente el cumplimiento de una ley. Dios ha dispuesto las cosas de manera que nuestras acciones traen siempre consigo las penas ó las recompensas que merecen. El bien tiene una reaccion sobre el bien, y el mal sobre el mal. La reaccion es mas ó ménos rápida, mas ó ménos visible, pero el hecho es que existe, y es igual

á la ac cion, y si á veces no notamos sus efectos, no es porque la ley esté inactiva, sino porque la última escena del drama se representa en el fondo de la conciencia entre el hombre y Dios.

Se replicará que esta ley tiende á destruir nuestra libertad moral: es un error. El hombre puede libremente elegir entre el vicio y la virtud; pero despues de la eleccion sigue un suceso que no está á su arbitrio, un resultado inevitable: la reaccion de su accion.

No sabemos lo bastante para dejar de ser libres, y sabemos demasiado para no reconocernos culpables de una gran parte de los males que pesan sobre la humanidad.

Compras y vendes un hombre, tienes esclavos; todos los vicios de estos esclavos entrarán en tu familia.

Posees inmensas riquezas, sin embargo no te compadeces de la miseria; ¡alerta! de esta miseria saldrán el robo, el asesinato, la prostitucion, todas las plagas, todos los azotes que destruyen á los ricos.

Educas á tus hijos en la impiedad, y te atreves á quejarte de su abandono, y yo les oigo decir que nunca tuvieron padre.

Quieres una mujer rica, y esto solo procuras; se te darán riquezas. Pero la mujer te engaña, y te acrimina; ahí va metida en el torbellino del mundo, olvidando á su marido, despreciando su casa, abandonando su hija al cuidado de una criada. ¡Ah! no supiste buscar una compañera para tí ni una madre para tus hijos!

La accion de un vicio puede sernos grata, pero su reaccion es amarga. « Si el dolor de cabeza y el de estómago nos entrasen ántes de embriagarnos, á buen seguro, dice Mantaigne, que no beberíamos mucho; pero el placer para engañarnos camina de-

lante, á fin de que no notemos sus peligrosas consecuencias.»

La reaccion de la impiedad, es la ingratitud y el orgullo.

La reaccion del odio, la venganza.

La del egoismo, el abandono.

La del celibato, el libertinaje y la prostitucion.

La de la riqueza, la pobreza del alma y las enfermedades del cuerpo.

Hay reacciones de equidad y de felicidad, como las hay de impiedad y de infamia. Así el placer y el dolor hasta cierto punto estan á disposicion del hombre. Basta conocer la ley de la naturaleza, es decir, las acciones cuya reaccion es agradable, y las acciones cuya reaccion es dolorosa, y llegamos por un camino nuevo al conocimiento del bien y del mal, del vicio y de la virtud.

Júzguese de la importancia de un estudio que encierra el secreto de lo venidero, y si es lícito expresarlo así, la marcha de todos los destinos. El que conozca los resultados ciertos de cada accion humana, y que estos resultados son invariables, conocerá las vias de la justicia divina, y como los profetas de la antigüedad podrá revelarlas al mundo. Ciencia prodigiosa que puede decir al hombre: si haces tal cosa, te sucederá tal otra; pero estudio tambien difícil y lleno de accidentes que nos deslumbran. La reaccion no siempre se verifica en línea recta; tan pronto se dirige al autor de la accion, tan pronto á los que le rodean. Su justicia nos parece lenta y caprichosa; derriba un trono donde no acertamos á ver sino un pueblo de delincuentes, destruye un pueblo donde nos parece que el rey era el único digno de castigo; luego vienen las excepciones que nos irritan ó que nos hielan de terror. Todo esto procede de la debilidad de nuestra vista, y á veces tam-

bien de la magnitud de nuestro orgullo. Nosotros juzgamos segun las leyes de la justicia humana, y no segun las grandes y profundas miras de la conveniencia universal, que es la justicia de Dios.

Faltos de reglas positivas para llegar á la verdad, estableceremos un hecho sobre el cual no llamaremos jamas bastante la atencion, porque puede servirnos de guia: y es que cuanta mas virtud hay en el hombre, cuanta mas equidad en la ley, cuanta mas instruccion y religion en el pueblo, tanto mas gratas son las reacciones, mas fácil la vida, y el bienestar mas asegurado.

Este hecho es muy importante; reune la historia de todos los tiempos y de todos los lugares; presenta la regla de las terribles reacciones que derribaron los imperios: y de ello resulta que la felicidad de los pueblos es la única base sólida de la felicidad de los reyes; así como la única base posible de la felicidad de los pueblos, es la libertad en la virtud.

Si derribamos el trono, aparecen un Danton, un Robespierre; si los altares, tendremos cadalsos y verdugos.

Los hombres nacidos para grandes cosas son casi siempre esclavos de una gran pasion. Miéntras que esta triunfa, parecen felices. Y no obstante los pueblos se admiran y tiemblan; presienten que el héroe camina impulsado por una ley fatal, mas fuerte que su fortuna, mas fuerte que todas las potencias humanas, y que le empuja al desenlace.

Reaccion terrible que conduce á Robespierre al cadalso, y arrebata á Bonaparte el mundo que habia conquistado, para precipitarle en la roca de Santa Elena!

No he leido jamas el discurso de Bossuet sin sobresalto y turbacion..... Hay un cierto no sé qué tan terrible en esas líneas que describen siglos; el juicio

está tan inmediato al crímen, y el castigo tan cerca del juicio! Son pueblos que desaparecen, imperios que se desploman; es el libro de la justicia eterna abierto á los ojos del linaje humano.

¡Qué leccion mas terrible, qué leccion mas admirable, y qué leccion ménos atendida! Pero las naciones modernas no ven desenlace en esas páginas sublimes, en que el sacerdote asiste á la agonía de las naciones antiguas. Nuestra historia se va prolongando de accion en accion, de catástrofe en catástrofe, al traves de doce siglos de desgracias, sin llegar á la reaccion prodigiosa que debia señalar el fin de esta época: del espantoso diluvio, cuyas olas embravecidas se han tragado la raza entera de los altos y poderosos señores de la edad media, y han trasladado sus privilegios á las manos de un pueblo-rey. ¿Qué es en efecto la revolucion francesa? la última escena de un gran drama que principió en el año 500 de nuestra era; la lucha de dos castas contra la nacion, y de la nacion contra dos castas. Abrid la historia, y si quereis entender lo presente, estudiad lo pasado. ¡Qué olvido de Dios y de la humanidad! Los poderosos reinan, es decir, aniquilan los pueblos; los pudientes reinan, es decir, se reparten las tierras, los honores, los empleos, las riquezas, las dignidades, dejando tan solo al pueblo que los mantiene la miseria, la ignorancia y el trabajo. En tales tinieblas no brilla jamas la antorcha de la esperanza, pero los odios van formando una masa, la reaccion se prepara; despues llega el tiempo y la ley se ejecuta. Ábrense entónces los abismos del infierno; no se ve en la tierra sino la asquerosa obra de los verdugos, y el hombre desaparece en la venganza y en la sangre.

Grandes políticos han agotado su ciencia para buscar en nuestro derredor las causas de esta espantosa catástrofe. Acusan simultáneamente á Richelieu y á

Luis XVI, de vigor al uno, de debilidad al otro. Raros genios que se figuran que un poco mas ó ménos de voluntad hubiera sido suficiente para cambiar la ley del tiempo. Los ejércitos de la Europa entera sucumbieron á dicha ley como todo lo demas; lo vieron y lo han olvidado, y de ello apelan siempre á la violencia, como si hubiese en la tierra alguna violencia capaz de detener la reaccion de doce siglos de crímenes y de desgracias!

Y no obstante la historia no está completa: la última hora de los tiempos góticos está anunciándose en todas partes, y los reyes siguen obrando, cual si la edad media durase todavía. Vedlos en nuestro mismo pais, en Austria, en Hungría, en Prusia, en Holanda, en Saboya, armándose con furor contra la reaccion que les amenaza. ¡Insensatos! se apoyan todavía en el verdugo; y le dicen: ¡haznos reinar! cual si el verdugo tuviese en sus manos el destino. Pero ya nada puede hacer en su obsequio, y cuando se le dice que opere, mira á su alrededor, da una ojeada á los criminales y se detiene admirado al considerar el trabajo que le espera: cien millones de cabezas le llenan de espanto....

¿Quién pues salvará los tronos, si el verdugo es impotente? Los mismos reyes, si quieren ser justos. La reaccion ha de venir de ellos, y no de los pueblos; ha de caer de sus manos como un beneficio, en lugar de caer de las manos del pueblo como una venganza. Este es el solo medio de salud que les queda, y el solo medio de detener el azote terrible de la anarquía que acaba con los pueblos y con los reyes.

Tal es la ley de la accion y de la reaccion. Realízase en un dia y en doce siglos: todos los pueblos creen en ella, y por ella claman todos los hombres, siendo tal vez la ley de la naturaleza en que reposa

mayor cantidad de fe y de esperanza. De ahí las quejas y los gemidos que se oyen de todas partes á la mas leve apariencia de una excepcion. No parece sino que el mundo se desploma! Es un gran criminal que queda impune, uno de los agentes de Robespierre, el asesino de un rey ó su cómplice; y bebe, come, habla y se pasea, insultando con su sonrisa á sus víctimas. ¡Qué! ¿estaria la tierra abandonada? ¿Habria el cielo perdido su poder? Entónces se blasfema, se grita, y la voz del pueblo se eleva para advertir á la Providencia que un malvado se le escapa, cual si esta no tuviese á su vista la eternidad.

CAPÍTULO XXIV.

EL HOMBRE SE INCLINA SIEMPRE Á LO MAS BELLO.

LEY MORAL DE LA NATURALEZA.

En los teatros, cuando se pinta un rasgo de candor ó de bondad, y brilla en su esplendor la tierna humanidad, vemos que el corazon se llena de una alegría pura, y es porque allí se oye el grito de la naturaleza. (GRESSET.)

He visto hombres sin capacidad para aprender, pero ninguno que no la tenga para la virtud.

(CONFUCIO.)

Cuando el hombre, desengañado de la grandeza humana contempla el lúgubre esplendor de la noche, los brillantes desiertos, las lejanas bóvedas donde mundos sin fin brillan sobre otros mundos, en un éxtasis busca atrevido la mano creadora que sembró los soles en los cielos, y el omnipotente monarca que, superior á su obra, se eleva sobre su inmenso imperio.

(PONGERVILLE.)

CUANDO la sociedad toma por punto de apoyo el bienestar material, hace á los hombres activos, ardientes, inquietos, inteligentes, enemigos entre sí, insaciables en materia de riquezas y de placeres. Al ver á todo un pueblo esclavo en tal manera de la fortuna, no parece pueda considerársele capaz de acciones y de pensamientos sublimes. Sin embargo,

haced que brille á los ojos de esa masa codiciosa un sentimiento que despierte su alma, presentadle, no digo esperanzas de felicidad, sino una accion grande y generosa que practicar; veréis como desde luego sus malas pasiones callan; como olvida su interes personal, y como un pueblo entero prodiga sus riquezas y su vida para contribuir al triunfo de lo justo y de lo bello. No por otra razon el mas grosero soldado arrostra la muerte, sino porque baña su alma en las ilusiones de una gloria; y sin embargo de que probablemente no gozará de ella jamas, la considera unida á su bandera, ó á su general. ¿Para qué trabajaban con tanto ardor todos aquellos valientes que dejamos en los campos de Austerlitz y de Wagram? para conseguir una partícula imperceptible de la inmensa fama de su jefe. Los soldados no adoraban en Bonaparte al hombre, al Emperador, no adoraban nada terrestre, estaban sí embriagados con las ilusiones de su gloria y de su genio, y con la gigantesca idea de la conquista del mundo que á cada momento reflejaba en su imaginacion exaltada.

Pero el ejemplo mas admirable, efecto de estos bellos sentimientos, es el establecimiento del cristianismo. Cubrian el mundo inmensidad de templos, en que los pueblos adoraban sus propias pasiones, cuando se oyó una voz que depreciando la figura del mundo, llamaba á los hombres á bienes mas perfectos que los de la tierra, y anunciaba su porvenir, no en esta vida, sino en la eternidad. Al punto la vocacion de los pueblos se declara, y se forma un ejército de mártires. Se ofrece á su imaginacion una cosa mejor que las riquezas y placeres terrestres, y corren á ella en triunfo, corren á ella al traves de los suplicios y de la muerte!

Así vemos, que lo mismo el hombre del pueblo que el soldado, el mártir que el santo, se inclinan todos

á lo mas bello que conocen. Cuantas veces abramos la historia, veremos la multitud dejar á un lado las malas pasiones, y seguir el impulso de otras mas elevadas y de sentimientos magnánimos.

Y en los individuos hallamos lo mismo que admiramos en las masas. Cuantos hayan leido á Tácito ó á Plutarco, pueden dar testimonio de esta gran ley de la naturaleza. Nuestra alma vuela ante todo lo noble y generoso que nos cuentan; allí se mira pintada, aceptando con gusto el destierro ó la muerte en el seno de la virtud, constituyéndose un Sócrates ó un Arístides, y nunca un Anito, un Sila, ni aun en su poder, ni aun en su triunfo. ¡Y de qué modo se indigna contra sus crímenes! ¡y qué repugnancia le causa su voluptuosidad! ¡qué desprecio de una fortuna que los subió á un puesto tan elevado, y que inspiraba á su siglo tanta envidia y tanto terror!

Es un sentimiento que ofende nuestros sentidos, y nos pone en oposicion con nuestros intereses materiales los mas vivos, con todos los placeres animales, con la voluntad de gozar, de mandar y vivir. ¿No descubrís en esta pasion de lo bello ideal un ser de distinta naturaleza, que el leon y el tigre? Morir, no significa nada; pero morir por una idea cuya recompensa no es de este mundo, ¡oh alma mia! qué sublime manifestacion de tu inmortalidad!

Para dominar las pasiones groseras, basta oponer á ellas pasiones celestiales. El hombre sigue la ley de su ser, y elevándose por grados sobre los intereses materiales, llega por fin á los solos tesoros realmente dignos del aprecio.

No se crea que esos sentimientos dimanen de la educacion, ni de la civilizacion; estan en nuestra naturaleza, y no en nuestras escuelas, ni en el mundo; se hallan en los salvajes, y hasta en los paises mas bárbaros del Africa. En apoyo de esta asercion cita-

remos la entrevista de Bello, Sultan de los Felathas, y del capitan Chapperton, primer viajero que, en sus relaciones políticas con los reyes que venden sus esclavos, ha manifestado sentimientos dignos de un pueblo civilizado. Despues de haber ofrecido los presentes de estilo, entre los cuales habia una brújula y un anteojo de larga vista, se suscitó, entre otros, este diálogo interesante. « Todas estas cosas, dijo el Sultan, son dignas de admiracion, pero yo hallo que tú lo eres todavía mas; ¿qué podria darte que fuese grato al rey de Inglaterra? — El mayor favor, le contestó, que puedes hacer á mi soberano, se reduce á contribuir con él á poner fin al comercio de negros en las costas. — Cada año envia buques para apoderarse de las embarcaciones que se dedican á este tráfico. Hace prisioneras las tripulaciones, pone en libertad los desventurados esclavos, les da casas y tierras en nuestros establecimientos de África. — ¡Cómo! dijo, ¿que en Inglaterra no teneis esclavos? — No, y en el acto en que un esclavo pisa aquel suelo, queda libre. — ¿Y quién os sirve? — Personas que se obligan á ello por un tiempo dado, mediante un salario. Entre nosotros no es permitido que un individuo hiera ni ofenda á otro, y el gobierno sustenta, viste y paga soldados que sirven de escudo contra estas violencias. — Dios es poderoso, dijo, y vosotros sois un gran pueblo (1)! »

El bárbaro queda sorprendido, se admira : conoce perfectamente la magnitud de ideas que le superan, y las atribuye desde luego á Dios, como á su origen sobrenatural.

En aquella parte del mundo, el alma de los pueblos duerme con la de los reyes; los hombres han

(1) *Viajes en el Norte y en los paises centrales del Africa*, por el mayor Dedham, el capitan Chapperton. etc.; tom. III, p. 82.

dejado morir lo que Dios les habia dado; y pueblos y reyes sin ideas y casi sin inteligencia, esperan que los saque de su letargo algun legislador, como los muertos del valle de Josafat esperan que Dios los resucite.

Muchos siglos ha que nosotros les llevamos las barbaridades de nuestras antiguas civilizaciones, hora será ya de que experimenten los beneficios y la filantropía de nuestras civilizaciones modernas.

El sentimiento de lo bello se halla pues en todas partes, es decir, en todas partes donde hay un hombre. No nos es dado comprenderlo, pero nos es permitido gozar de él : siendo á un tiempo el mas eficaz vehículo del sentimiento moral, y el medio mas poderoso para llegar á la verdad. Esta es la razon porque las ciencias únicamente por su medio producen alguna cosa grandiosa, debiéndole todo lo que no es efecto del acaso, es decir, todos los descubrimientos trascendentales del genio. Fijemos por un momento nuestros pensamientos en una ley de la naturaleza que tanto puede influir en el linaje humano, y que nosotros formularemos de esta manera :

LA VERDAD SE HALLA CONSTANTEMENTE EN LO MAS BELLO.

El principio es vasto; abre á las ciencias un campo inmenso, pero para conocer hasta donde alcanza, es necesario hacer aplicacion de él á los descubrimientos del genio.

En la antigüedad Heráclito sostiene que el sol no tiene mas que un pié de diámetro, y Anaxágoras excita la incredulidad de la Grecia, dando á este astro la extension del Peloponeso.

Un carbon encendido de un pié de diámetro, ó de la extension de una provincia, era pues el sol de los

filósofos antiguos. ¡Cuántos grados quedaban que recorrer en lo bello, ántes de llegar al astro sublime, origen eterno de los colores, de los olores y de la vida; que ilumina nuestro planeta, y ostentando la naturaleza, sostiene á los mundos por medio de recíprocas atracciones, y que medido por Huyghens, se ha hallado 1,300,000 veces mayor que la tierra!

Los antiguos decian que el cielo era una bóveda de cristal en que estaban colocados los astros, imaginando tan solo lo que creian ver. Pero aquellos cielos impenetrables, la bóveda sólida que apoyaban en nuestro globo, á medida que la curiosidad lo observa, y que el sentimiento de lo bello nos eleva, se deshacen como juguetes de niños; el infinito del espacio, el infinito del tiempo, el infinito de los soles, responden al infinito del poder.

Ahí á nuestra inmediacion, en la via láctea, en que nuestro sol, con todos los planetas que vivifica y arrastra, ocupa un punto imperceptible, ¡qué multitud de maravillas que los siglos pasados no conocieron! Ahí se hallan las estrellas dobles; ahí dos soles de una dimension asombrosa, formando con frecuencia por sí solos todo un sistema, se bastan á sí mismos, cambian su luz, girando el uno al rededor del otro, y poniendo el uno cuarenta años, y el otro seis mil en trazar el doble círculo de su inmensa revolucion. Mas léjos, en otro cielo, el cielo de la astronomía sideral (1), la ciencia moderna descubre masas luminosas, de formas variadas al infinito, redondas, ovales, cuadradas, triangulares, piramidales, de la figura de una lanza, de abanico, de un rombo, de un árbol, de una montaña, semejante á las corrientes de un volcan, á ballenas inmensas,

(1) Se da este nombre á la ciencia que trata de los cuerpos celestes colocados fuera de los límites del sistema solar.

desplegándose como los anillos de una serpiente gigantesca, ó en fin horadadas, por decirlo así, y dejando ver á una profundidad extraordinaria otras masas luminosas que nadan en distintos espacios. ¡Ah! fué un momento sublime el en que el grande Herschell y su hijo, que continuó su gloria, hallaron por primera vez en el espacio estos océanos de estrellas que llamamos nebulosas, á causa de la luz, como opaca, que despiden! ¡Dos miserables criaturas, cubiertas aun del polvo terrestre, se habian arrojado al infinito y les habia sido dado contemplar lo que mortal alguno no habia hasta entónces vislumbrado! Mas felices que Newton, aquel gran explorador del cielo, saltaron los límites de la creacion visible, y de improviso se habian casi vuelto á hallar como en tinieblas, en medio de millares de soles, animados de un millar de movimientos, que se elevaban como una muralla viva delante de ellos. Allí se detienen los ojos de los sabios, allí está el límite actual de nuestra ciencia, pero no el de la creacion.

Subid, subid mas; subid eternamente! y cuanto mas os acerqueis á lo mas bello, tanto mas os aproximaréis á la verdad. La verdad es mas rica que la imaginacion, dejándola atras en todos conceptos.

Habeis visto multiplicarse los astros como las arenas del mar: subid, subid, subid mas! ¡el cielo, el cielo constantemente, por todos lados el cielo! ¡Subid, subid aun! Penetrad con Herschell en aquellos abismos de luz y de fuego! Este grande hombre aspira á lo mas bello; su alma presiente que todas las estrellas que brillan en el espacio han de tener sus seres animados, sus seres inteligentes. ¿Qué fuera para él un sol que no hiciese mas que iluminar? Dios ha creado en todas partes quien gozase de sus obras. Lleno de este pensamiento observa el astro con cuya presencia nos viene el dia, y pronto descubre que este astro

es un cuerpo opaco, tenebroso, bastante parecido á la tierra, y no un carbon encendido; que la luz no emana de su seno, sino que nada en su atmósfera como las nubes en la nuestra; que ella se forma allí perfecta y convenientemente para echar sus rayos sobre los mundos, y sin duda tambien sobre el sol mismo, que ilumina, que fecunda, y que hubiera abrasado cien veces, si por medios que no conocemos, el voraz ardor de sus fuegos no se hallase incesantemente modificado. Y concluye de ello que « el fenómeno de la vida se produce lo mismo en el sol que en la tierra, pero bajo formas y con condiciones diferentes (1). »

Así, dejando atras las profundas concepciones de Huyghens, que poblando los astros no se atrevió á poblar el sol (2), el jóven Herschell se eleva un grado mas hácia lo bello; juzga que la inteligencia se halla en todas partes, porque en todas partes reconoce un Dios. Desde aquella hora todos los puntos del firmamento se animan por medio de la súplica y del amor; cada planeta, cada estrella, cada sol, cada via láctea, es un altar que brilla y del cual sale el himno vencedor de todo; y la inmensidad de los planetas, de las ertrellas, de los soles, de las vias lácteas, es el templo de la Divinidad, y los coros sublimes que resuenan de mundo en mundo, son el culto de una creacion sin fin, culto eterno, incomprensible, entendido únicamente de Dios en medio de la armonía de los astros, al traves del espacio, del tiempo y de la eternidad.

(1) Herschell, *Philosophical transactions*, 1828.

(2) Véase el *Nuevo tratado de la pluralidad de los mundos*, por Huyghens, traducido del latin por D.... 1 volúmen en 12º., 1718.

CAPÍTULO XXV.

DE LA PERFECTIBILIDAD DEL GÉNERO HUMANO.

LEY MORAL DE LA NATURALEZA.

¡Ah! qué bello, qué noble es el destino que puede avanzar constantemente hácia la perfeccion sin hallar jamas el término de sus progresos!

(ANCILLON, *del Destino del hombre*, p. 281.)

No para obtener destinos, ni para adquirir riquezas, ni tampoco para volver á los católicos sus derechos naturales y humanos, beneficio que veinticinco años hace estoy pidiendo á Dios y á la nacion; para nada de esto me he unido al nuevo ministerio, sino porque á cualquier parte que vuelva mis ojos, sea hácia los estados civilizados de Europa, sea hácia el vasto continente de la América, sea hácia el Oriente ó el Occidente, en todas partes veo asomar la aurora de la libertad.

(BROUGLIAM, *Discurso al parlamento*, 1827.)

REPOSA en el fondo de nuestra alma un sentimiento sublime que apénas han echado de ver los moralistas, y que sin embargo revuelve la humanidad: el hombre, cualquiera que sean su ignorancia y sus luces, solo quiere reconocer en la razon y en la justicia el derecho de dominársele. De esto resulta que los pueblos obedecen las leyes mas duras, las supersticiones mas extravagantes por la sola razon de